

MARTÍNEZ DE LA ROSA, Francisco, *Libro de los niños*
Imprenta de la Compañía Tipográfica, Madrid, 1839.

ISAAC.







cap. I. — El mancebo y el anciano.
El mancebo y el anciano.

1. Muy afligido va subiendo por el monte *Mória* aquel anciano, abrumado con el peso de los años, y aun mas todavia con el de alguna grave desventura. Lástima da verle, respirando trabajosamente, y conteniendo las lágrimas que quieren brotar de sus ojos.

No así aquel mancebo, que tranquilo le va siguiendo por la cuesta arriba; llevando un hacesillo de leña sobre los hombros, y mirando de cuando en cuando al anciano, como pendiente de su voluntad.

Mas yendo ya á mitad de la cuesta, se vuelve respetuoso y le dice: "¿Sa-

beis lo que advierto, padre mio ? que nos falta lo principal : la víctima para el sacrificio.”

A lo cual contestó meramente el anciano: “Sigue, hijo, sigue ; que Dios proveerá!”—No replicó el mancebo, ni volvió á despegar los labios; tanta era la veneracion que á su padre tenia: y cuando hubieron llegado á la cumbre del monte, le vió silencioso reunir piedras para formar un ara, y aun le ayudó con sus propias manos, colocando encima el hacesillo de leña, para consumir el sacrificio. “Tú eres, hijo, la víctima designada por Dios.” Esto dijo el anciano, arrancándosele el alma al pronunciar aquellas palabras; pero sin dar señales de su pena, por no aflijir á su hijo, que escuchó el man-

dato divino con piadosa resignacion, diciendo con tono sumiso: "Cúmplase la voluntad de Dios." Y sin vacilar siquiera, se encaminó él propio al ara, hincóse de rodillas, y presentando á su padre las manos para que se las atase, inclinó la cabeza, como para recibir el golpe mortal.

Ya tenia el ancianoalzada la cuchilla, y se disponia á descargarla sobre el cuello de su único hijo, objeto de tantas esperanzas, cuando se apareció entre las nubes un Angel del Cielo, y dijo de esta suerte al aflijido padre: "Deten el brazo, Abraham, no mates á tu hijo Isaac; que Dios se dá por satisfecho con tu fé y obediencia."

Cayó en tierra el buen viejo, bañado el rostro en lágrimas, y deshe-

cho el corazón en agradecimiento y amor al Dios de sus mayores; y abrazando á su hijo , como si le hubiese visto ya muerto y le hallase resucitado , divisó allí cerca un cordero, mas blanco que la nieve, que se habia enredado en unos zarzales; y llevándolo entre los dos al ara , celebraron el sacrificio , y subió el humo ondeando por los aires , bajando como un abundante rocío la bendición del Cielo.

Sus promesas no podían faltar : de la tribu de Abraham y de Jacob habia de nacer el Hijo de Dios.

